



Universidad
Nacional
de Rosario

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

Psicoanálisis y felicidad

Apuestas a un más acá del imperativo gozoso

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Couget, Martina

Legajo: C-5484/4

Docente responsable: Elías, Ramiro

-2022-

Agradecimientos

A la Universidad Pública en primer lugar. El agradecimiento es inmenso. A quienes la hacen posible.

A Ramiro por acompañarme y ponerme a pensar,

A Fernando por el compromiso y la dedicación,

A mi familia por el apoyo y la confianza,

A mi abuela por el amor,

A mis amigas y amigos por ser sostén,

A Mariu por la lectura atenta,

A Manira por querer ser parte,

A mi analista,

Y a muchas personas más que estuvieron cerca, en el pasaje por esta casa de estudios, que me cambió la vida para siempre.

Porque los logros nunca son sin otros.

Índice

Resumen y palabras claves.....

3

Introducción.....	
4	Desarrollo:
.....	5
- Más acá de la felicidad como promesa de lo inalcanzable.....	5 -
La falta: el advenimiento al mundo significativo.....	7 -
El superyó como razón del mandato de goce, la división subjetiva como imposibilidad estructural de quedar capturado ante el mismo.....	7
- Los objetos ¿felices?.....	9 -
La labilidad estructural del objeto en la pulsión, y sus vestigios. El éxito de la publicidad.....	1
1 - El amparo en la equivocidad.....	13
Consideraciones finales.....	
	15 Referencias
bibliográficas.....	17

Resumen

En el presente ensayo se argumentó un posicionamiento acerca de la particular relación que tensiona a la ética de un psicoanálisis y ciertos imperativos capitalistas. Se propuso al *resguardo de la falta* como ética de un psicoanálisis que no solo hace escollo, sino que también habilita un reparo ante los imperativos de la lógica capitalista, haciendo particular énfasis en el imperativo de la felicidad. La teorización de la falta como constitutiva del sujeto y razón de deseo se sitúa a contrapelo de la lógica capitalista y las formas de subjetivación que esta propicia: su constante propuesta de objetos canónicos para lograr la felicidad. La labilidad que representa el objeto en la pulsión es una idea central en las reflexiones, en tanto representa aquella particularidad del sujeto de la cual la lógica capitalista reniega. En miras de una histerización del discurso, la lógica significante toma el relevo de las lógicas objetales, privilegiando los sinsentidos acerca de la felicidad, sobre los excesos de saber acerca de los objetos felices. Desarrollos de autores provenientes de campos disciplinares distintos al psicoanálisis, pero no por ello ajenos a éste, fueron tomados aportando riqueza a las argumentaciones. Se destacó la relevancia del psicoanálisis como discurso en el escenario actual, teniendo en cuenta la vigencia de la lógica capitalista, las formas de sufrimiento generadas por la misma y la alternativa que el psicoanálisis puede representar.

Palabras clave

Introducción

Si se entiende al psicoanálisis como una práctica discursiva que no está orientada por la remoción de síntomas y que como premisa entiende que *la cosa no funciona*, ¿Es posible pensarlo como discurso que hace escollo y representa una alternativa a ciertos imperativos de la lógica del capital?

Mientras que la lógica capitalista presenta objetos que prometen completud imaginaria, soluciones rápidas, felicidad, negar la falta, en fin...*hacer que la cosa funcione*, un psicoanálisis se sostiene en la imposibilidad del encuentro con un objeto canónico para esa falta fundacional y fundante del sujeto. Se orienta hacia la posibilidad de encuentros con objetos para la pulsión, que solo serán parciales y tendrán que ver con la singularidad de cada quién. La pulsión es siempre parcial en el sentido de que no tiene que ver con la función biológica, la cual está caída desde el origen.

Masotta (1991) sostiene que histeria y teoría psicoanalítica se parecen al menos en este punto: ambos describen la labilidad fundamental del objeto de la pulsión. La histeria (superando la noción de la misma como cuadro dentro de una nosografía psicopatológica) es una estructura que pone en juego al saber, en la medida en que el histérico muestra que su relación con el objeto de la tendencia sexual es lábil.

El psicoanálisis no dice cómo vivir, es por ello que la práctica de un psicoanalista se

encuentra, o debería encontrar, en las antípodas de la del cirujano, que cuanto más opera mejor sabe con qué se encontrará y cómo deberá actuar en la próxima operación. Este decir no es caprichoso, sino que se sustenta en la estructura misma de la pulsión. ¿Qué saber podría acumular un psicoanalista para su buen obrar? Si lo más variable en la pulsión es el objeto, si ese empuje no es hacia ningún lugar, al menos hacia ningún lugar preestablecido. Los encuentros que se darán tendrán que ver con los avatares y devenires de quien desea, pero nunca con algo que pueda saberse de antemano, no hay manual donde rastrear los objetos que se adecuan a la pulsión, tampoco hay pedagogía del deseo, y si los hubiese, se trataría de cualquier otra cosa, menos de psicoanálisis.

La lógica capitalista entiende mejor que nadie el lugar del objeto en la estructura de la pulsión, y hace uso de ello. Propone objetos para alcanzar la felicidad, promete completud, que nunca es tal, lo cual representa al mismo tiempo su éxito. La búsqueda y el acceso a nuevos objetos y nuevas ilusiones de completud y de goce, es lo que, paradójicamente, mantiene a la maquinaria capitalista funcionando.

En la coyuntura que el sistema en cuestión impone, cualquier distracción obstaculiza el arribo a la meta común: la felicidad. Es entonces que no hay tiempo para perder, ni para dejar de consumir y gozar. Hay un mandato a la completud, a colmar la falta, a llenarse. Se escuchan y leen por doquier frases que a simple vista son ingenuas, hablan de ser felices, de desechar aquello que no sirve, y de no preocuparse demasiado, como si solo de una cuestión de voluntad se tratara. Estos casi siempre aparecen como imperativos ¡Soltá!, ¡Se feliz! El famoso y pegadizo estribillo *don't worry, be happy* es paradigmático, es el mantra, el lema y hasta un reflejo de la subjetividad de la época. Todo indica que preocuparse está de más, es el estorbo más grande para alcanzar lo que se supone que hay que buscar. ¿Qué sucede cuando algo preocupa, angustia, anda mal? Al malestar que de por sí ya existe, se le agrega un plus: el de la culpa por el mandato incumplido. Además de vérselas con el malestar, uno tendrá que vérselas con todo lo que supone desviarse de la norma, y la norma es *ser feliz*.

¿Cuál es el problema de estos discursos del *don't worry, be happy*? No preocuparse y ser feliz, como mandato, supone un sujeto de la conciencia, de la voluntad, uno para el cuál querer es poder. Sucede que estos discursos de la meritocracia de la felicidad, reniegan del descubrimiento freudiano, de este giro coopernico del cual no se puede volver atrás. Si uno no es amo en su propia casa, si uno no solo es sujeto de voluntad sino también del

4

inconsciente, por más de que se reniegue del malestar, y se quiera la felicidad a costa de todo, este insistirá. Más allá de la voluntad, más allá del intento por responder al mandato feliz. El verdadero secreto del capitalismo reside en una economía política del puro goce, que reniega de la castración. El rechazo de la castración del discurso capitalista conduce a establecer una circularidad que llega a funcionar como una circularidad sin interrupciones, por lo cual hablamos de un *círculo siniestro* (Alemán,2019). Todo indica que hay que apresurarse, moverse en busca de ese relleno que colme y que haga feliz. Ese objeto que por fin obture la falta y nos vuelva completos y por lo tanto felices parecería existir, y ser deseable. En el apuro por llegar a la meta feliz, no hay lugar para los sinsentidos ni para el malestar, tampoco para hacer algo distinto que *soltar* aquello que no sirve. En esta vorágine se dificulta el encuentro con un tope para este círculo siniestro. Mientras en la televisión se escuchan slogans como *el dolor para, vos no*, un psicoanálisis puede ofrecer el espacio donde desplegar el dolor, darle lugar, elaborarlo, hacerlo hablar, poder parar. Es un lugar donde reparar, donde el círculo repetitivo y siniestro puede cortarse, donde el sufrimiento es

válido, pero también lo es la alegría.

Desarrollo

Más acá de la felicidad como promesa de lo inalcanzable

En parte, parece algo sensato. No hay nada mejor, sin duda, que sentirse mejor, ¿quién no quiere sentirse mejor? ¿No debe acaso todo conocimiento ser transformador y responder a un impulso por mejorar los mundos y las capacidades de vida de los individuos? Lo que está en juego aquí es la idea de que es posible conocer “de antemano” aquello que contribuirá a mejorar las vidas de las personas.

Sara Ahmed

Que se proponga un *sin imperativos a la felicidad*, no quiere decir que un psicoanálisis sea sin lo feliz. Lo que aquí se cuestiona es la felicidad como significante vacío, que solo remite a sí mismo y a nada a la vez. Que no entiende de singularidades ni temporalidades, que reniega del malestar y de la castración, y se supone preferible a cualquier afecto, en todo momento. Que se repite como mantra y mandato, pero dónde no hay pregunta por lo feliz.

Incluso Freud, sostiene que no es lícito resignar los empeños por acercarse de algún modo a ser felices.

El programa que nos impone el principio de placer, el de ser felices, es irrealizable; empero, no es lícito —más bien: no es posible— resignar los empeños por acercarse de algún modo a su cumplimiento. Para esto pueden emprenderse muy diversos caminos (...) Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza. (Freud, 1992, p 83)

No es casual que la cita tomada para hacer referencia a la felicidad forme parte de *El malestar en la cultura*, ya que, si de la vida pulsional se trata, nunca es sin el malestar, del cual la lógica capitalista reniega. Además, en el fragmento citado se sitúa a la singularidad en intrínseca relación a lo feliz. Freud sostiene que no existe consejo válido para todos en la búsqueda de la bienaventuranza, pudiéndose situar allí una distancia abismal con la lógica capitalista, la cual propone universales para alcanzar la dicha. Además, en la lógica del capital, la felicidad es supuesta y propuesta como un lugar estático, pasible de ser alcanzado, renegando así del carácter imposible e incluso indeseable, de la felicidad como total, plena, eterna.

La promesa capitalista de la felicidad tiene una particularidad a destacar: nos arrastra hacia determinadas elecciones y nos aleja de otras. Se promete que la bienaventuranza solo será

5

alcanzada si se está en contacto con algunos objetos garantes de la misma. Estos objetos elevados al lugar del ideal, como garantes de felicidad ¿Son ingenua y arbitrariamente colocados allí? ¿A los intereses de quienes responden? ¿Quiénes se benefician con su consumo? En esta carrera tras los objetos prometedores de felicidad, no solo se responde y beneficia a intereses totalmente ajenos, sino que además se pierde, entre otras cosas, la posibilidad de aventurarse en la búsqueda de objetos propios, singulares, de hacerse una pregunta por lo singular del propio deseo. Se trata de una operación renegatoria del *no saber nada de antemano*, acerca de los objetos de la pulsión.

La concepción freudiana de la felicidad dista mucho de un *deber de felicidad*, de un moralismo que nos vuelve esclavos de la misma, que nos pone a trabajar duro en miras de su obtención y nos orienta hacia algunos lugares, mientras que de otros nos aleja. En *la era*

del *deber de la alegría*, la felicidad es supuesta, casi como en un acuerdo colectivo, como algo que se encuentra en ciertos lugares, los cuales se constituyen como buenos lugares, en donde si uno no encuentra la felicidad es porque algo anda mal, no en el objeto prometedora de felicidad, sino en uno mismo.

Se promueven entonces las *causas de felicidad*, y en la medida que estas existen, y están ahí para ser buscadas y obtenidas, la felicidad se vuelve un deber. La felicidad es entonces entendida, como efecto/ resultado de determinadas acciones/ objetos concretos, de lugares ubicados a priori como *buenos lugares*. Estos son universalizados, preescriptos. ¡Nada menos negador de la labilidad del objeto para la pulsión! Nada menos universalizable que los objetos de la pulsión, y, aun así, para la obtención de la felicidad se ofrecen universales. Los universales son para la ciencia, no para el deseo.

Retomando la idea planteada, acerca de lo indeseable de la felicidad como plena y eterna, Freud, en un breve escrito llamado *La Transitoriedad*, discute con quien él denomina *un poeta pesimista* acerca de que la transitoriedad de lo bello conllevara su desvalorización. “ ¡Al contrario, un aumento del valor! El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo. La restricción en la posibilidad del goce lo torna más apreciable. Declararé incomprensible que la idea de la transitoriedad de lo bello hubiera de empañarnos su regocijo” (Freud 1992, p. 309).

Reivindicando lo transitorio, tal como lo hizo Freud, se resiste a la idea de que un estado permanente y pleno de felicidad sea la brújula de un psicoanálisis. El impulso hacia la felicidad como estado permanente y estático solo puede pensarse como parte de un estado maníaco. Si lo feliz como afecto se vuelve identificable, es solo en su contraste con otras sensaciones, de menor euforia y júbilo. En la puesta en valor de lo transitorio, se habilita a un vivir que no sea forzosamente guiado por la búsqueda de un estado que no solo no existe, sino que además nos vuelve cautivos de sus exigencias.

Resulta curioso advertir que (Ahmed, 2021) la etimología de la palabra felicidad, en inglés, *Happiness*, se relaciona de manera directa con la cuestión de la contingencia, en cuanto *Happen* redirige nuestra atención hacia *las cosas que pasan*, hacia lo fortuito, *happenings*. Sugiere a su vez, casualidad, azar, suerte o fortuna. Hoy este significado puede parecer arcaico, incluso desconocido, porque estamos acostumbrados a pensar en la felicidad como efecto de algo que se hace, una recompensa por un esfuerzo, y no como algo que simplemente ocurre.

¿Es el psicoanálisis, por todo lo mencionado con respecto a la felicidad, un discurso aguafiestas? No necesariamente. No se está haciendo una apología a su antagonista la tristeza. Lo preciso es un corrimiento de lo feliz como imperativo, un cuestionamiento a la profilaxis de los afectos no felices, lo cual conlleva la posibilidad y la apertura hacia una vida menos demandante, más vivible.

La falta: el advenimiento al mundo significativo

En el arribo al mundo, se depende de un Otro, más preparado, perteneciente a la cultura a la que se adviene, para todo aquello que respecta la supervivencia, es por esto que nunca se trata de la satisfacción de necesidades. Este Otro que nos espera, que nos imagina incluso mucho antes de la inminente llegada, es un Otro que erra, que siempre falla, que da de más o de menos, porque tampoco está preso del instinto. Es, en el mejor de los casos, un sujeto barrado, inmerso en el mundo del lenguaje que dejará también inmerso en éste a quien

adviene. Le donará el significante, lo libidinizará, introduciéndolo así en un mundo muy distinto al del instinto y las puras satisfacciones biológicas. Por todo esto, es que hablamos de pulsiones siempre parciales y de una función biológica caída y perdida por y para siempre. No somos individuos de la satisfacción, sino sujetos de *deseo*, de ese polimorfo y enigmático que insiste y del cual nada se puede predecir.

En miras de situar las razones estructurales para que *la cosa falle*, para que la pulsión sea siempre parcial, es posible situar en el seminario *La angustia* (Lacan, 2007) lo que este denomina *la división subjetiva* y puntuar algunos elementos que abonan al esclarecimiento de la cuestión. “El tesoro del significante donde tiene que situarse, espera ya al sujeto, que, en este nivel mítico, todavía no existe. Sólo existirá a partir del significante, que le es anterior y que con respecto a él es constituyente” (Lacan, 2007, p.175).

A partir de la operatoria nombrada, esto es, como consecuencia de lo constituyente que el atravesamiento por la lógica significante representa, siempre queda un resto, un irreductible, aquello que tacha la S, representante del sujeto barrado, causa del sujeto del inconsciente. Aún antes de que el cachorro humano pueda acceder a la palabra, ya hay Otro que lo sitúa en relación a una falta, lo cual es constitutivo. A este Otro que determina al sujeto se le supone una barradura, el atravesamiento por la falta, por el mismo hecho de que habla. Aquello que es conocido como *objeto a*, es producto de la división subjetiva, es causa de deseo y es un objeto radicalmente perdido. Ello se vuelve fundamental para la estructura del sujeto, es la razón por la cual en la relación con los objetos la satisfacción nunca será total, pero también para la movilización hacia algún lugar, donde los encuentros serán múltiples, fallidos, parciales.

Lacan (2021) ubica, en *El reverso del Psicoanálisis*, formas de discurso, siendo estas distintas formas del lazo social. Más tarde, en una conferencia denominada *Del discurso psicoanalítico*, Lacan (1972) profundiza en la cuestión al proponer al capitalismo como una variante del discurso del amo, ubicando al mismo como un *no discurso*, ya que no produce lazo, más bien lo disuelve. El discurso capitalista promete la satisfacción de todas las apetencias, a condición de borrar las diferencias entre el objeto a y el objeto de consumo. El sujeto se encuentra pegado a su objeto y en condición de creerse sujeto a nada. El objeto de consumo se convierte en un objeto de goce, para el sujeto barrado, colmando así su deseo. El sujeto barrado cree poder colmar sus carencias consumiendo, pero por las características descritas previamente, acerca de las características del sujeto barrado, esto nunca termina de suceder. A la brevedad de que el consumo se ha efectuado, la insatisfacción reaparece.

El superyó como mandato de goce, la división subjetiva como imposibilidad de quedar capturado ante el mismo

El Super yo dice ¡Goza! Y el sujeto dice “oigo”, oye la voz del goce. Este vínculo libidinal, que implica al nivel de la fantasía de seducción un ¡goza! Como imperativo del goce, recubre la realidad sexual del inconsciente en el sentido de que es imposible gozar.

Juan Bautista Ritvo

En este apartado interesa ubicar las razones estructurales, parte de la forma en que el psicoanálisis entiende a la constitución subjetiva, que permiten que el sujeto obedezca y se oriente hacia a los mandatos gozosos de la lógica capitalista. Por otro lado, se puntúan aquellas razones, también estructurales, que posibilitan un más allá de lo gozoso, que

habilitan un tope a la obediencia superyoica de los imperativos de felicidad.

Lo gozoso, concepto recurrente en las presentes argumentaciones, aparece como un término complejo y problemático en lo que al psicoanálisis respecta. Sin embargo, algo es innegable: el goce guarda un íntimo vínculo con el superyó en tanto instancia psíquica que propicia el mandato al goce. El gozo es un término polisémico: da cuenta de alegría, excesos, placeres, pero, por otro lado, se presenta como una significación que está muy cerca del *culto al masoquismo*, en una íntima relación con la pulsión de muerte. El carácter polisémico de lo gozoso (excesos y placeres, por un lado, masoquismo y pulsión de muerte por el otro) guarda relación con la forma en que las pulsiones de vida y de muerte aparecen: siempre (y en el mejor de los casos) mezcladas; los componentes eróticos y los autodestructivos nunca aparecen fácilmente separables ni diferenciables. Ni la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa, ni el acto sexual puede consumarse sin componentes agresivos. En esta misma dirección, Ritvo comenta acerca del goce lo siguiente: “Yo pienso que es inescindiblemente dolor y sufrimiento, pero también alegría, y al mismo tiempo es ninguna de las tres cosas, este es el punto” (Ritvo, 2014, p.78).

Con respecto al *masoquismo moral*, en tanto compete a los esclarecimientos con respecto a la obediencia superyoica, Freud (1992) puntúa que el acento recae sobre el genuino masoquismo del yo, quien pide castigo. Sea de parte del superyó, sea parte de los poderes parentales de afuera. En ambos, el resultado es una necesidad que se satisface mediante castigo y padecimiento. El afán masoquista del yo permanece en general oculto para la persona. La conciencia moral, y la moral misma, nacieron por la superación, la desexualización del complejo de Edipo. Para provocar el castigo por parte de esta subrogación de los progenitores, el masoquista se ve obligado a hacer cosas inapropiadas, a trabajar en contra de su propio beneficio, destruir las perspectivas que se le abren en el mundo real y, eventualmente, aniquilar su propia existencia real.

El sepultamiento del complejo de Edipo es ávido de consecuencias, y su heredero es el superyó como instancia psíquica. La obediencia parental nunca se abandona por completo, el sujeto lleva consigo a su subrogado. Los mandatos originarios, de los cuales el primordial es la prohibición del incesto, van mutando, encarnándose en distintas figuras, con renovados enunciados. Los mandatos del sistema capitalista no son ajenos a esta cuestión.

La sofocación cultural de las pulsiones, la conciencia moral, la severidad del superyó, la obediencia a los mandatos superyoicos, deben su eficacia y fuerza a sus orígenes. Aquí entonces se hace posible ubicar la pesadez con la que los mandatos (en este caso los imperativos capitalistas de la felicidad) se presentan y la rigurosidad con que son acatados. Las razones estructurales del sujeto dan cuenta de la obediencia a los mandatos gozosos, los cuales deben su fuerza nada más y nada menos que a la desexualización del complejo de Edipo.

Continuando con Alemán (2019) se destaca que el capitalismo sólo quiere morir a su manera y por ello, en su modalidad específica de extinción, se ponen en juego distintos imperativos de goce, de modos de satisfacción, que permiten entender que éste no solo somete sino que también establece dependencias, marcos de conducta, encuadramientos mentales y corporales, donde la subjetividad queda inscripta en una nueva versión de distintos modos de servidumbre, incluso en un apego apasionado a la misma

Hasta aquí han sido planteadas las razones estructurales del sujeto que posibilitan oír la voz del superyó, responder a los mandatos de lo gozoso, que, para los fines del presente trabajo, se hacen coincidir con los mandatos de la felicidad. Ahora bien, en adelante, serán

planteadas las razones estructurales que posibilitan algo más que la sumisión ante los mandatos superyoicos. Estos mandatos no logran nunca la captura total del sujeto, en tanto se trata de un sujeto dividido, atravesado por la barra, por el yugo del lenguaje. Alemán (2019) haciendo referencia al sujeto lacaniano, nombra al mismo como un vacío sin sustancia, sin posibilidad de ser representado en su totalidad por los significantes que lo instituyen. Su soledad es radical en tanto ninguna relación intersubjetiva o amorosa puede cancelar de forma definitiva ese lugar vacío y excepcional. Vacío que surge como el resultado de la desustancialización del sujeto, siendo su agente principal el lenguaje.

El sujeto del inconsciente está atravesado por una barra que ninguna producción de subjetividad puede borrar. He aquí la característica de la constitución psíquica que opera como tope a la captura total, he aquí también la posibilidad y viabilidad de la operatoria de un psicoanálisis. Si la totalidad del sujeto pudiese ser tomada por los imperativos, si todo quedase determinado y sustancializado por lo que los mandatos mandan (valga la redundancia) la tragedia estaría consumada, no habría nada más que respuestas automáticas a los mandatos. No cabría hablar de sujeto directamente, porque si hay sujeto es porque no hay totalidad ni unidad, hay un sujeto escindido. Si todo cerrara y concluyera, un psicoanálisis no tendría nada que hacer ni pensar allí. Por suerte dicha tragedia encuentra un tope gracias a lo que llamamos *división subjetiva*, que es causa de deseo, producto de que el objeto de la pulsión esté radicalmente perdido.

El psicoanálisis puede conducirse en miras recuperación de ese resto producto de la división subjetiva, entendiéndolo al mismo como aquello que puede escapar a la completa determinación del Otro. Es en este sentido, que, si bien el sistema capitalista produce las subjetividades de la época, no es capaz de captar en su totalidad a las mismas, siendo la división subjetiva lo que opera impidiendo dicha tragedia.

Los objetos ¿felices?

Alemán (2019) sostiene que el sujeto aun siendo vacío en su esencia, sin sustancia, es también convocado a imaginar una posible completud a través de distintas estrategias fantasmáticas que tienen como propósito más determinante velar ese vacío estructural. Serán expuestos aquellos representantes de la lógica capitalista que, con sus características particulares, se proponen fantasmáticamente como velo del vacío estructural, como objetos ilusorios pasibles de reificar la falta. Tales objetos que se ofrecen y gozan del sujeto, en nombre de la felicidad, de aquella plenitud/ completud imaginaria. Lo propio del súper yo es el goce, el goce como mandato. Este colabora con el impulso hacia la búsqueda de una completud imaginaria. En el sistema capitalista los mandatos toman un estatuto particular, y orientan a los sujetos hacia el consumo de objetos que están dentro del mercado, objetos a los cuales se les atribuye la cualidad de completar y como efecto de ello, dar felicidad. Llegados a este punto, interesa puntualizar lo siguiente: en este trabajo no se reniega de los objetos de consumo, sino de la forma en que estos se presentan, como canónicos, universales y garantes de la felicidad. Es en este sentido que el psicoanálisis va a contrapelo de dicha lógica, ya que reconoce de antemano que no hay garantías para la felicidad y que los objetos por sí mismos no son capaces de colmar la falta, lo cual tampoco sería deseable. Los objetos gozosos, a través de los cuales la felicidad sería pasible de alcanzarse, se presentan de distintas formas, colores, tipos y materialidades. La lista de objetos es

abrumadoramente larga, dar cuenta de todos ellos es un imposible. Para nombrar algunos se hará una división entre: por un lado, los que se ofertan y se consumen cuando se supone que algo que concierne al individuo (la palabra individuo es tomada a propósito de las lógicas a las que se está haciendo referencia, en las cuales no hay lugar para el sujeto del inconsciente) está obstaculizando el acceso a la felicidad y debe *arreglarse* para que pueda volver a funcionar dentro la cadena productiva. En segundo lugar, serán agrupados aquellos objetos que no necesariamente se proponen como soluciones a un padecimiento, pero de los cuales se supone que su adquisición posibilitaría el acceso a la felicidad.

Dentro de la primera categoría planteada, se encuentran aquellos objetos que apuntan al bienestar somático, al cuerpo. Estos son los psicofármacos, objetos que en forma de píldoras actúan a veces aminorando padecimientos, a veces acallando malestares y suponiéndose sustitutos de la palabra, (la temática es amplia y compleja, por el momento solo interesa nombrarla como parte de los objetos ofrecidos dentro de la lógica capital). Continuando con la misma categoría encontramos una segunda propuesta, más allá de las soluciones químicas: el gran abanico de ofertas psicoterapéuticas disponibles. Desde la perspectiva tomada se sostiene que estas operan mediante el reforzamiento del yo, respondiendo a las demandas de quien las consume y propiciando generalmente sensaciones de bienestar inmediata. Un psicoanálisis también puede ser demandado por un consumidor al mismo modo de los objetos planteados anteriormente, ya que las lógicas del mercado se esfuerzan por impregnar todas las prácticas. La diferencia radicará en la posición que un analista, una vez que haya sido demandado a ocupar ese lugar de objeto obturador de la falta, pueda correrse, para la puesta en juego de un discurso distinto al capitalista.

Como se adelantó, los ejemplos acerca de los objetos propuestos para la felicidad, no se circunscriben a las ofertas que pretenden remediar/solucionar el sufrimiento psíquico. La promesa de felicidad también puede ser ofrecida como el resultado de tratamientos de belleza, de viajes a lugares paradisíacos, de la adquisición de vestimenta de determinadas marcas y costosos dispositivos tecnológicos, incluso de la relación con otras personas, como si de objetos de consumo se tratara...

¿Se busca demonizar a todos los objetos enumerados? No, como ya se puntualizó, la cuestión no se centra en los objetos, no son estos malos ni buenos en sí mismos, lo cual supondría una moralización. Además, ni si quiera importa cuál sea el objeto, si de lo que se trata es de consumir para ser felices. El propósito del trabajo no se orienta por una queja vaga acerca de los objetos de consumo, tampoco desconoce de las ventajas y beneficios y los posibles efectos felices que el acceso a los mismos podría representar. Sino que se propone la revisión de la manera en que estas lógicas funcionan, a la luz de ciertos conceptos psicoanalíticos que permitan pensar y aventurar hipótesis acerca de los modos de sufrimiento

que las mismas facilitan. Lo más peligroso de la cuestión, es la suposición de que ciertos objetos son felices en sí mismos, incluso ante de entrar en relación con el sujeto. Como si la felicidad se tratara de una cualidad del objeto, como si efectivamente existiesen objetos canónicos para la pulsión.

La lógica capitalista lejos de ofrecer un resguardo de la falta, ofrece objetos para llenarla, volviendo a quienes captura con sus discursos, en siervos de sus objetos y sus lógicas, enmarcando sus conductas en una suerte de servidumbre de la felicidad. Es posible argumentar que un psicoanálisis, en una apuesta por sostener la labilidad que el objeto representa para la pulsión, podría apuntar incluso al resguardo de la falta. Entonces, ¿Podría pensarse al lugar teórico de la falta en un psicoanálisis como parte de la ética del mismo? ¿Cuándo Masotta (1991) refiere al *resguardo de la falta*, podríamos ubicar ello como una ética a contrapelo de la lógica capitalista que propone objetos para rellenarla? El mandato al

goce de los objetos ofertados abrumadoramente por la lógica capital puede encontrar un tope y un reparo en el tratamiento que el discurso psicoanalítico se propone hacer de lo que es teorizado como *la falta*.

10

En un psicoanálisis es preciso que las certezas universales sobre aquello que promete hacernos felices, completarnos, caigan. O al menos, sean puestas en tensión, se cuestionen. La posibilidad e incomodidad de habilitar la pregunta ¿Qué tiene que ver esto con el propio deseo? es un movimiento a desplegar, un interrogante a hacer/se. Se introdujo al comienzo del ensayo, que historia y teoría psicoanalítica se parecen al menos en este punto: ambos describen la labilidad fundamental del objeto de la pulsión. Continuando en esta línea, Lacan plantea lo siguiente: “Lo que el analista instituye como experiencia analítica, puede decirse simplemente, es la histerización del discurso. Dicho de otra manera, es la introducción estructural, mediante condiciones artificiales, del discurso de la histérica” (Lacan, 2021, p.33) Lo que se instituye en la experiencia analítica es una apuesta al corrimiento de los objetos canónicos ofertados para la pulsión, en miras de una búsqueda posible, lo cual se opone al ofrecimiento de un menú de objetos que a priori se catalogan como felices.

Con la histerización del discurso, como parte de un obrar psicoanalítico, hallamos una forma de resistir ante la forma abrumadora en que las recetas para la felicidad sobrevienen de todas partes. ¿Cuáles son las ventajas de un discurso que no concentra excesos de saber y entiende que nada sabe acerca de los objetos para la pulsión del otro? La introducción del discurso de la histérica es una apuesta a que el *objeto a*, objeto causa de deseo, conserve su estatuto como perdido para así seguir siendo causa de deseo. Es la apuesta a que la pulsión continúe labil y a la retirada o cuestionamiento de los objetos canónicos como supuestas garantías de bienestar, para así posibilitar el encuentro con un malentendido más propio, más singular, más vivible. Lacan (1972) sostiene que no hay significante en el cual la significación esté asegurada. Puede ser siempre otra cosa y además este se desliza tan lejos como uno quiera en la significación. Es aquí donde el discurso psicoanalítico encuentra un lugar, y le es posible encaminarse hacia una forma del malentendido en la cual el analizante en cuestión pueda subsistir.

En esta histerización del discurso, importa más la búsqueda por parte del sujeto, de sus significaciones, de sus objetos, que cualquier receta que se pueda brindar. Esto pone de relieve una vez más, que no hay universales a ofertar en lo que al dispositivo psicoanalítico respecta, y que incluso algo valioso está en relación con la caída de dichas recetas.

La labilidad estructural del objeto en la pulsión, y sus vestigios. El éxito de la publicidad

La publicidad se centra en las relaciones sociales, no en los objetos. No promete el placer, sino la felicidad: la felicidad juzgada por otros desde afuera.

John Berger

Una buena razón para que la maquinaria capitalista funcione, para que sus verdades, aunque disparatadas sean aceptadas, y sus objetos quieran ser imperiosamente adquiridos, es que de lo que el sujeto no quiere saber nada, es sobre que la pulsión no lo conduce a un saber de ese objeto, puesto que por definición es lo que ella tiene de más labil. Esto es parte del rechazo originario por el cual hay inconsciente, el sujeto entonces, tampoco quiere saber nada sobre que no hay objetos que garanticen su felicidad.

Masotta (2015) siguiendo a Freud, se interroga por la extrañeza que produce cierta

exigencia de la vida erótica de algunos sujetos masculinos. Esta es, la de aquellos que sólo pueden tener relaciones, enamorarse, o sentir deseo por mujeres que están casadas, tienen novio, etc., lo cual pone de relieve la siguiente cuestión: la pulsión no tiene un objeto predeterminado, y si el sujeto va a interrogar en sí mismo al impulso que lo lleva hacia el objeto mujer, no encontrará nada. Encuentra a la mujer cuando es puesta en la estructura por otro hombre que la desea, entonces es el objeto del tercero, el que introduce el objeto y lo torna objeto de deseo, lo cual sería una defensa contra la labilidad del objeto de la pulsión. Si la

11

pulsión no da el objeto, entonces, ante la posibilidad de una nada de objeto, me defiendo mirando donde mira el otro. Esto nos introduce a un universo donde los objetos aparecen introducidos por deseos de otros. Si la pulsión no da el objeto, entonces habrá que fijarse en relaciones, sobre todo triangulares.

Si de relaciones triangulares se trata, se destacará el valor que esto tiene para una de las herramientas privilegiadas para la puesta en marcha de la lógica capital. Esta es: *la publicidad*. Si se piensa en los objetos que son propuestos para alcanzar la felicidad, a través de los medios audiovisuales de comunicación y propaganda, fácilmente se reconocen haciendo uso de ellos a mujeres radiantes, a varones poderosos, a familias felices, etc. (Valores que a su vez son impuestos por el sistema en cuestión) Rara vez aparecen los objetos solos. La

publicidad no promete placer, sino felicidad: la felicidad juzgada por otros desde afuera. La publicidad se centra siempre en el futuro comprador. Le ofrece una imagen de sí mismo que resulta fascinante gracias al producto o a la oportunidad que se le está intentando vender. Y entonces, esta imagen hace que él envidie lo que podría llegar a ser. El propósito de la publicidad es que el espectador se sienta marginalmente insatisfecho con su modo de vida presente. No con el modo de vida de la sociedad, sino con el suyo dentro de esa sociedad. Además, le sugiere que, si compra lo que se le ofrece, su vida mejorará (Berger, 2016). Hay un carácter sumamente individual en las formas de subjetivación del sistema capitalista, el lazo al otro no es puesto en valor, no entra en escena. La insatisfacción es individual, así como también lo es la felicidad. El otro es rival y a la vez produce fascinación, es un otro especular. Su paradigma es el otro que aparece en la publicidad, en las imágenes publicitarias. Es fuente de envidia y agresividad, pero además es alguien del cual nada se sabe, ni se quiere saber, es otro perfecto, inexistente. Si la insatisfacción no es con la sociedad, sino con el propio modo de vida, y si además hay otros, semejantes, que si son felices y como los cuales se cree que se puede llegar a ser, no hay mejor forma de que el engranaje capitalista siga funcionando de manera aceitada.

Este otro de la publicidad, coincide con lo que, desde Freud, y más tarde desde una categorización lacaniana se denomina *yo ideal*. El yo ideal, representa el narcisismo en su estado bruto; tiene que ver con el doble, con la función del doble, con la relación con el otro en la medida en que está dotado de las mismas propiedades que reconozco en mí. El yo ideal es el otro que soy yo mismo; es el lugar en donde la identificación deja al descubierto la mayor cantidad de agresión, por el problema del doble pero también la seducción que el otro ejerce sobre mí (es el estadio del espejo) (Masotta, 2015).

Esto que genera el otro especular en el sujeto, por sus características constitutivas, podría situarse como otra de las razones del éxito de la publicidad. Este otro, otro con minúscula, de la publicidad representa una versión paradigmática del yo ideal. Es sabido lo que representa la imagen especular del estadio del espejo; esa imagen completa. La *Gestalt* que el espejo devuelve, es una buena forma que provoca júbilo y fascinación por su perfección y al mismo

tiempo un gran *quantum* de agresividad. (Los orígenes de esta relación al otro especular se encuentran en la imposibilidad de apropiarse de la *Gestalt* que muestra el espejo, producto de la inmadurez biológica del niño que atraviesa dicho estadio).

Ese otro del espejo, es uno del que uno quisiera apoderarse, como el que quisiera ser, pero a la vez eliminar por la amenaza que para la propia integridad representa. Por qué no, también ese otro detrás de los filtros de las redes sociales, donde somos nosotros mismos, pero bastante perfeccionados según los estándares capitalistas de belleza. Allí nos reconocemos, porque no aparece una imagen totalmente ajena, y nos desconocemos, porque sabemos que fuera de las redes nuestra imagen es mucho más imperfecta, menos estandarizada, más fallada y humana.

El otro al que se refiere es uno totalmente especular, paradigmáticamente especular, en el que uno puede reconocerse y desconocerse a la vez. ¿Qué posibilidad de lazo con este otro? Dicha forma de lazo, el que se da con el otro de la imagen publicitaria y con uno mismo tras

12

los filtros de las redes sociales, se transfiere a la relación con los múltiples otros. Esto no quiere decir que sea la única forma de lazo en la actualidad, pero sí uno muy corriente y alentado por los medios de comunicación. Un otro rival, contra el que luchar, envidiar, pero nunca uno al cual enlazarse y así cuestionar los modos de vida actuales, las formas comunes de padecimiento, ni uno con quien compartir las alegrías.

Retomando la cuestión de los objetos de consumo, urge reconocer, que muchos de ellos son indispensables para la vida. Pero, ¿En cuántas publicidades recordamos haber visto objetos estrictamente necesarios para la subsistencia? He ahí la cuestión: no estamos ante sujetos de la necesidad, sino del deseo. Como la pulsión no tiene objetos definidos, uno de los vestigios de la labilidad del objeto en la pulsión es el siguiente: el sujeto, en tanto sujeto dividido y atravesado por el lenguaje no se conformará con encontrar al partenaire que le sirva a la reproducción, no comerá para la mera subsistencia orgánica, ni se arropará para no pasar frío. Es entonces como puede orientarse en esta búsqueda de sus objetos de deseo, corriendo tras objetos, muchas veces inalcanzables y mucho más que innecesarios, que son juzgados como valiosos por otros.

¿Qué sucede cuando el gozo es prometido enfáticamente y ostentado como un posible a través de los medios que la lógica capital emplea? ¿Cuáles son las consecuencias de que la disconformidad se oriente hacia el propio modo de vida y no a los de la sociedad? ¿Cuáles las consecuencias de las formas de lazo fomentadas? ¿Puede pensarse que el psicoanálisis podría propiciar un tope a la tensión agresiva con los otros que el bombardeo publicitario refuerza? ¿Qué maneras de sufrimiento se incrementan cuando el acceso incluso a una pequeña porción de los objetos puestos ante nuestras narices se ve dificultado por las condiciones materiales de existencia?

Si bien estamos advertidos de que la experiencia pulsional es siempre decepcionante, en la medida en que el gozo prometido fantasmáticamente es lo que nunca acontece ¿Qué sucede cuando estos otros que la publicidad nos muestra en sus vidrieras, se presentan como poseedores de esa completud buscada, como quienes sí han logrado ese gozo fantasmático?

Las apuestas se redoblan, en búsqueda de tal posición. Posición que como se ha dicho es inalcanzable por las características mismas de la estructuración psíquica, pero cuya ostentación como posible no deja de ser siniestra y de surtir efectos infelices en las subjetividades. Subjetividades que corren detrás de una zanahoria, rivalizando ferozmente con los otros especulares, en esta carrera que nunca termina ni les devuelve la felicidad que

no solo les promete, sino también les quita.

El amparo en la equivocidad

De lo que se trata, después de todo, a fin de cuentas, es (...) de que el sujeto con algunas interpretaciones se libera y encuentra una forma de malentendido en la cual puede subsistir.

Jacques Lacan

Cuando lo único que importa es ser felices, no hay posibilidad de que un tiempo sea prestado al malestar, que siempre insiste, que forma parte de la vida pulsional. En este arrojazo forzoso a la felicidad, los afectos que no coinciden con esta, difícilmente encuentran un lugar. Solo lo hacen cuando algo de este mandato es desoído, puesto en pausa, o cuando el síntoma y la angustia, más allá de la voluntad del sujeto hace su aparición.

En una reivindicación de *el síntoma*, se argumenta que esto que para para el sistema capitalista, y también para el sentido común (en tanto las lógicas capitales modulan sentido común) es molestia, para el psicoanálisis adquiere otro estatuto. El síntoma, para la lógica mercantilista, es aquello que arruina a los cuerpos productivos, demorando la productividad y estorbando los tiempos del capitalismo, por lo tanto, debe ser removido. Frente a esto, en el

13

mercado aparecen múltiples ofertas terapéuticas que prometen la cura rápida, la solución, la posibilidad y la promesa de volver rápidamente a ser un cuerpo productivo, consumidor y feliz. El goce, como se sostuvo, es imposible. Pero, existe el mandato del goce, la voz del goce que el sujeto oye. Es aquí, entre este antagonismo que aparece *el síntoma* estableciendo un modo de espera, el síntoma es una *forma de espera*. Entonces, el lugar y el valor del síntoma en un psicoanálisis, es uno que dista mucho del estorbo, del obstáculo a ser rápidamente removido, y pasa a ser sumamente necesario y valioso, al menos de manera provisoria. Su valor se redobla y se convierte en una suerte de resistencia, si se tiene en cuenta lopreciado

de *la espera* en un sistema que impulsa a la inmediatez, la rapidez y lo efímero. Además, las ofertas terapéuticas mencionadas se orientan a lo que podíamos llamar un *exceso de cura*, Freud reconoce a esto como poco deseable:

¿Es posible tramitar de manera duradera y definitiva, mediante la terapia analítica, un conflicto de la pulsión con el yo o una demanda pulsional patógena dirigida al yo? Acaso no sea ocioso, para evitar malentendidos, puntualizar con más precisión lo que ha de entenderse por la frase «tramitación duradera de una exigencia pulsional». No es, por cierto, que se la haga desaparecer de suerte que nunca más dé noticias de ella. Esto es en general imposible, y tampoco sería deseable. (Freud, 1991, p.227)

El conflicto pulsional en un psicoanálisis no solo es reconocido como legítimo, sino como indeseable e imposible de ser removido en su totalidad. Es a destacar, lo mucho más vivible que se vuelve una vida en la que los avatares del conflicto psíquico sean bienvenidos, que una vida encaminada y orientada por la búsqueda de la remoción completa y definitiva del síntoma, la cual además solo lleva a múltiples frustraciones.

El conflicto como riqueza, el malentendido en el que se pueda subsistir, son parte de la ética de un psicoanálisis, de una práctica que como se argumentó en la introducción: no se orienta por la remoción de síntomas, y sostiene como premisa que *la cosa no funciona*. Un psicoanálisis, se orienta entonces por un no saber acerca de los objetos de la pulsión, en

tanto supone que este conocimiento es propiedad de quién desea, o es a construir por quién desea.

Con Masotta (2015) es posible argumentar que la palabra *significante* está en Lacan absolutamente generalizada, pero que la generalización de este término tiene un papel importante en contraposición a otras teorías. En la obra de Melanie Klein, por ejemplo, la palabra que estaría generalizada sería la palabra *objeto*.

En Lacan la extensión del uso del término *significante* viene a desalienar las teorías objetivistas, llamando la atención sobre esa barra que separa al *significante* del *significado*, la falta inherente a la relación sistemática del *significante* con los otros *significantes* del sistema o a una relación entre *significantes*.
Entonces, *significantes* no significa objetos, término de llegada de conocimiento, sino falta de conocimiento. (Masotta, 2015, p.38)

La generalización del término *significante* se opone al uso generalizado de la palabra *objeto*, en tanto esta implica que se sabe de qué se está hablando. Un objeto tiene materialidad, características particulares y establecidas, un *significante* es sobre todo falta de conocimiento. En la generalización del término *significante* también se reconoce la importancia del trabajo con la singularidad; aquella barra que separa al *significante* del *significado*, indica que no hay *significantes* que remitan a un *significado* unívoco. Es solo desde las singularidades donde las significaciones se despliegan y adquieren relevancia. La falta de conocimiento es fundamental, tornándose *el trabajo con el uno a uno* en mucho más que en un cliché y una frase gastada. Que tal malentendido pueda ser válido en una subjetividad, nunca supone vaya a serlo para la próxima. Se trata de un malentendido que se malentiende cada vez.

14

Jean Allouch, alguna vez, ante la pregunta por la salud mental, respondió: *Es poder pasar a otra cosa*. Si bien escueta, es una respuesta que dista mucho de suponer que hay algo por arreglar, un estado al cual llegar, una falta que obturar. Es una respuesta que incluso puede ser ubicada en las antípodas de los movimientos en círculo de la lógica capital, lógica a la que Alemán (2019) refiere como *círculo siniestro*, como una circularidad sin interrupciones. Pasar a otra cosa da cuenta de un sostenimiento del malentendido, de la lógica *significante*, y de la histerización del discurso, a la que se hizo referencia.

Un psicoanálisis, lejos de plantear universales, objetos u objetivos canónicos a alcanzar, devuelve a la equivocidad su riqueza, privilegia los sinsentidos, pone en valor las contradicciones, sostiene, y no reniega de aquello que es sabido: que no hay relación sexual. Ritvo (2014) siguiendo a Lacan trabaja la idea de que hay una razón anterior a Freud, y una posterior. La razón después de Freud tiene esta paradoja: él no puede zafarse de un equívoco instaurando algo unívoco porque al instaurar algo unívoco reprimiría la riqueza de la equivocidad.

Lo que se aventura es una defensa a la equivocidad, una apuesta al sostenimiento de la razón posterior al descubrimiento freudiano. La propuesta de correr del centro a los objetos canónicos que la lógica capital ofrece, nunca estará orientada por el ofrecimiento de nuevos objetos universalizados. Se elogia a la equivocidad como brújula para un psicoanálisis en el que se recupera el carácter incalculable de lo feliz. En este no caben recetas ni recetarios para *la felicidad*, la apuesta es hacia un destino y un malentendido que no sea otro más que el construido por quien, se desorienta en su búsqueda y desea.

Consideraciones finales

El presente trabajo busca problematizar la propuesta de objetos universales para el arribo a la dicha, a la felicidad, y en esta problematización no busca ubicar objetos nuevos, sino hacerle lugar a la falta, a esa falta fundacional del sujeto, causa de deseo, posibilitadora de un encuentro siempre parcial con objetos que tengan que ver con la singularidad de cada quien. Es en este sentido que se propuso al resguardo de la falta como ética de un psicoanálisis. Este resguardo encuentra una posibilidad en la lógica significativa, en la falta de conocimiento que ella supone, en contraposición al exceso de saber que concentran las lógicas objetales.

Se apostó además a una reivindicación del psicoanálisis de su versión nihilista. ¿Que el psicoanálisis está en contra de lo feliz? Solo podría ser producto de una lectura errónea del mismo. A través del discurso psicoanalítico se fundamentó una ética del *sin obligaciones a la felicidad*, que dista de ser un *en contra de lo feliz*. Se apuesta a un psicoanálisis donde las pasiones tristes, que acontecen, pueden encontrar un lugar. Donde lo feliz también sea acogido, pero no ya como mandato sino como posibilidad. Donde lo transitorio puede coincidir con lo feliz, quitándole a la felicidad su estatuto de esencia, de estado o meta a la que arribar. Se propone un más allá del correr agotados detrás de la cartelera publicitaria, que se renueva permanentemente, pero nunca renegando de los objetos de consumo en sí mismos, de los cuales se entiende que no se puede prescindir. La apuesta no es a dejar de consumir, en un mundo de consumo, sino a la visibilización de las formas de sufrimiento y desobjetivación que los imperativos capitalistas facilitan. Un psicoanálisis puede además propiciar formas del lazo con los otros, que vayan más allá de ese *no lazo* propio del discurso capitalista, de esa tensión agresiva que se genera con otro cuya versión paradigmática es el otro de la cartelera publicitaria.

La insistencia en destacar *lo lábil del objeto para la pulsión*, parte de la renegación, pero a la vez el uso en su favor que el discurso capitalista hace de ello. El mercado ofrece objetos universalizados para la pulsión. Estos prometen soluciones, completud, y la obtención de un estado feliz. Ese estado de plenitud que ofrece, si es que se consigue, es tan efímero y evanescente, que muy pronto podrá venderse, al mismo sujeto, un producto nuevo en busca

15

de una renovada sensación evanescente de plenitud. Este movimiento opera en un círculo infinito y siniestro, la apuesta es al encuentro de un tope.

Un psicoanálisis no reniega de lo que falta en un sujeto ni se orienta en búsqueda de su completud. Más que ofrecer objetos canónicos, busca histerizar el discurso, es decir, reafirmar la idea de que no hay objeto canónico para la pulsión. Siempre sosteniéndose en la premisa de que no hay garantías en lo que a lo pulsional respecta. Esto no es sin angustia, el sujeto nada quiere saber acerca de que no hay objetos que garanticen su felicidad, pero el psicoanálisis tampoco reniega de la angustia, no desconoce lo cerca que está la misma del deseo. La orientación por la histerización del discurso se encuentra en sintonía con una posición ética que no detenta ni ostenta verdades. En este movimiento habilita posibilidades múltiples, errantes, inciertas, pero nunca impuestas.

La lógica significativa, no pretende cerrar, tapar agujeros, colmar faltas, es siempre errante, sostiene el malentendido, no reniega de la castración. Es parte de una ética que reconoce sujetos deseantes y posibilita lugares más vivibles y respirables. Las lógicas circulares que pone a funcionar la maquinaria capitalista vuelven a los sujetos objetos, esclavos de una

promesa de felicidad, que solo genera, dentro de un círculo repetitivo y siniestro sus propias formas circulares y repetitivas de sufrimiento.

La recuperación del carácter incalculable impredecible y transitorio de lo feliz, puede contribuir incluso al encuentro siempre efímero con la bienaventuranza. La posibilidad de habitar un sin garantías de lo feliz, conlleva en sí misma la posibilidad de un encuentro con los afectos felices, producto de lo fortuito. En un corrimiento de la felicidad como obsesión, que nos deja esclavos y vasallos de la misma, puede lo feliz convertirse en un afecto que simplemente ocurre.

Referencias bibliográficas

Ahmed, S (2021) *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*, Buenos Aires, Caja Negra.

Alemán, J. (2019), *Capitalismo. Crimen perfecto o emancipación*, Argentina, Ned ediciones.

Berger, J. (2016) *Modos de ver*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, SL.

Freud,S. (1975) La Transitoriedad. En *Sigmund Freud: obras completas* (Vol. 14, pp 305 - 312) Buenos Aires, Amorrortu

Freud,S. (1992) El problema económico del masoquismo. En *Sigmund Freud: obras*

completas (Vol.19, pp 161-176) Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1992) El malestar en la cultura. En *Sigmund Freud: obras completas* (Vol.21, pp 57- 140) Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1991) Análisis terminable e interminable. En *Sigmund Freud: obras completas* (Vol. 23, pp 211-254) Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1975) Pulsiones y destinos de pulsión. En *Sigmund Freud: obras completas* (Vol. 14, pp 105 - 134) Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (1972) *Du discours psychanalytique*, Traducción de Mater Olga Mabel, recuperado desde: <https://www.elsigma.com/historia-viva/traduccion-de-la-conferencia-de-lacan-en-milan-del-12-de-mayo-de-1972/950602/11/21>

Lacan, J. (2007) *El seminario de Jacques Lacan: Libro 10: La angustia*, Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. (2021) *El seminario de Jacques Lacan: Libro 17: el reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.

Lacan, J. (1992), *Aún. Seminario 20*, Paidós, Bs. As., 1992

Masotta, O. (1991) *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, Distrito Federal, Gedisa Mexicana.

Masotta O, (2015) *Lecturas de psicoanálisis, Freud, Lacan*, Buenos Aires, Paidós.

Ritvo, J. (2014) *El síntoma: estructura de la formación o formación de la estructura*, Rosario, Co-lectora.